

ANRUBIA, E.: *La herida y la súplica. Filosofía sobre el consuelo*. Sevilla: Thémata Editorial, 2013. 139 páginas. ISBN: 978-84-941231-1-5

Oscar Pintado Fernández  
IES Miguel Delibes (España)

---

El profesor Enrique Anrubia lleva más de una década empeñado en hacer una antropología de la corporalidad. Sus generosos esfuerzos por aunar en estudios especializados, en los que figura como editor y en los cuales, sin embargo, ha trabajado como *hombre-orquesta*, inyectando de un afán más que honrado –filosófico, cabe decir–, cada uno de esos proyectos, son una prueba fehaciente de ello. Al mismo tiempo ha sabido encontrar el hueco en el que encajar sus preocupaciones personales, ya esbozadas en los aludidos trabajos conjuntos y en otras muy numerosas publicaciones en revistas especializadas, que en buena medida vierten algunas conclusiones en esta audaz apuesta que es su *La herida y la súplica. Filosofía del consuelo*.

Los nueve capítulos que componen la obra poseen una trabazón original, alejada de los estudios científicos al uso, pero no exenta de rigor y de una extensa colección de referencias, surgidas de un conocimiento de autores –primeras filas de la historia de la filosofía, de la antropología, de las bellas artes, pero también de la teología, la poesía o la historia de las culturas–. La aparente heterogeneidad de temas que circundan, a mayor o menor distancia, la cuestión de lo que Ricoeur llamó «labilidad», concretada en el dolor, el sufrimiento, el consuelo, la muerte..., encuentra su trabazón en un argumento que ha de buscar su defensa en una reflexión –¿o en un diálogo?– sincera y, por momentos, estremecedora, de la radicalidad de la *encarnación* humana; la corporalidad como identidad esencial al hombre justifica la perentoria necesidad del otro para ser lograda. Levinas al fondo.

Esa heterogeneidad aporta un gozo añadido al lector, que a la mitad de la lectura no sabe bien si está ante un libro de antropología filosófica, de historia de las culturas o incluso ante un ensayo de estética. Para lograr engarzar esa cuerda, trenzada a partir de diversos registros, el libro de Anrubia parece echar mano de un estilo que le resultará cercano al público familiarizado con el

juego de lenguaje de Foucault o Deleuze y, en general, de la pléyade de filósofos que continúan *pensando* a/desde Nietzsche. Con él y con Descartes, con Hegel, a fuerza de Platón y Aristóteles, con Kierkegaard y Schopenhauer, el autor decide disentir desde la inspiración de algunos de los grandes. El ritmo del libro, en este sentido completamente novedoso, posee como eje una comprensión profunda y madurada del fondo de cada uno de los pensamientos de muchos de los primeras filas aludidos.

Junto a ello el autor ha sabido combinar citas y notas referidas a otras inspiraciones que parecen figurar al mismo nivel que el de las lecturas de *Así habló Zaratustra* o *El mundo como voluntad y representación*. Y ese equilibrio es de agradecer por cuanto muestra el esfuerzo de un pensamiento comprometido, trabajado con esmero y preocupación y alejado de guiños a la pasarela.

Los cuatro primeros capítulos, con títulos delicadamente escogidos, constituyen una primera parte más descriptiva que crítica y sirven de preámbulo a la segunda parte (la división es mía), en la que Enrique Anrubia ensaya una propuesta antropológica que conforma una difícil síntesis –¿qué otra apariencia puede tener una puntual fraternización entre Nietzsche y von Balthasar?– que inaugura campos de disensión imprescindibles acerca de la constitución del hombre como un ser, ante todo, expuesto.

Los primeros números del libro nos regalan análisis de la arquitectura gótica que dejan al lector con la sensación de que Anrubia habría de preparar un volumen a modo de nota al pie de cien páginas, en el que nos preste su versión de la arquitectura barroca en su relación con la vida y la muerte de los humanos (sirva como invitación).

Para entonces al lector le ha dado para conmoverse con la enfermedad en la pintura de Munch, lo cual sirve como antesala pero no como vacuna, para una reflexión lúcida y no exenta de dificultad en torno a la música y el silencio, tema este del que no se hablará con claro dramatismo hasta el final del libro. Llegado el punto en que hablamos de música uno se pregunta por qué el autor no ha citado a uno de los grandes filósofos españoles de las últimas décadas: Eugenio Trías parece estar en el trasfondo de una arquitectura que es metáfora del espacio (y la música a su vez, poesía del tiempo).

Lo que he denominado «segunda parte» representa un empeño esforzado y no siempre fácil de digerir en una lectura poco atenta, de proponer una tesis arriesgada y vigorosa a la vez. Anrubia decide desatarse en el capítulo cinco en un diálogo apasionado y tenso con Nietzsche acerca del consuelo que no termina de revelarse como sumamente estimulante hasta que decide echar mano de inspiraciones tan estrechamente ligadas a la propia biografía filosófica del autor del libro como Jorge V. Arregui o Higinio Marín, amén de una muy sugerente explicación de *Vivir* de Kurosawa. Parece que el duelo es un compañero tan necesario del consuelo como lo es la muerte al vivir. Y seguramente es así.

«No nos vemos como los otros nos ven, pues nuestros ojos están hechos para ser vistos por los ojos de los demás, y no para verse a sí mismos», sentencia, en diálogo entregado ya, con Kierkegaard y el concepto de la angustia. Entregado a la causa no sé si platónica, no dionisiaca en cualquier caso, levinasiana probablemente, de rescatar el desollado y cotidiano existir hecho carne hasta los huesos de una existencia que clama cantando, por una salvación que no puede el hombre darse a sí mismo.

El paciente sigilo de Rilke, que se pasea a lo ancho de las páginas en un susurro siempre pertinente parece apuntar siempre más allá. Acaso la aventura entera de Anrubia es un esforzado grito sordo por decir lo que sólo se puede mostrar, lo que aboca en ocasiones a una manifestación clara y esplendorosa de poesía vociferada en forma de filosofía académica de singular acento —como si una y otra, filosofía y poesía, estuviesen condenadas al subjetivismo, a la manera de recurso final; no se puede vivir el dolor sin vivírsele—.

El libro no tiene final porque no tiene comienzo y no posee principio. Excepcional, en este sentido, es la introducción, que se explaya en agradecimientos tan sinceros como pormenorizados; para que no falte nadie, o por si alguien quedase ausente. Así es el prólogo un derroche descarnado de lo que es el libro como tal: filosofía encarnada, de carne pensante, que esparce vitalidad y energía en cada una de las frases. Al lector poco familiarizado con la filosofía le gustará más este libro que al filósofo, quien probablemente echará de menos a Hume, quizá, o a Baumgarten, y verá un exceso de celo por preguntar al maestro Hegel, siempre llamado a conciliar contrarios por superación. Anrubia también se atreve con él y por ello, insisto, la filosofía profesional hará bien en poner en entredicho muchas de las afirmaciones de *La herida y la súplica*. De otro modo no daría que pensar y no provocaría esa ansiada expectación (en la que no puedo dejar de insistir), por discurrir en torno a la sangre y el dolor en la arquitectura barroca.

